

CORRADO AUGIAS  
MARCO VANNINI

INVESTIGACIÓN SOBRE  
MARÍA

*La verdadera  
historia de la  
joven que se  
convirtió  
en mito*

AGUILAR

CORRADO AUGIAS  
MARCO VANNINI

INVESTIGACIÓN SOBRE  
MARÍA

*La verdadera  
historia de la  
joven que se  
convirtió  
en mito*

**AGUILAR**

# Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Listado de abreviaturas](#)

[Preámbulo](#)

[I. Las cartas sobre la mesa](#)

[II. La Virgen](#)

[III. Tierra de Israel](#)

[IV. Según Mateo, según Lucas](#)

[V. El misterioso Juan](#)

[VI. La niña María](#)

[VII. Un esposo para María](#)

[VIII. El nacimiento de Jesús](#)

[IX. El tránsito](#)

[X. El culto](#)

[XI. Los dogmas](#)

[XII. La Gran Madre](#)

[XIII. María feminista](#)

[XIV. Las otras Marías](#)

[XV. Sueños, visiones](#)

[XVI. Las apariciones](#)

[XVII. Los tiempos, los lugares](#)

[XVIII. Los rostros de María en el arte](#)

[XIX. Poesía, música, cine](#)

[María: varios niveles de comprensión, de Marco Vannini](#)

[Una madre de amor querida por el pueblo, de Corrado Augias](#)

[Cuadernillo de imágenes](#)

[Bibliografía](#)

[Notas](#)

[Notas de la conversión](#)

[Sobre los autores](#)

[Créditos](#)

## Listado de abreviaturas

### ANTIGUO TESTAMENTO

Dan	Daniel
Dt	Deuteronomio
Jos	Josué
Jue	Jueces
Lev	Levítico
Núm	Números
2 Re	Segundo libro de los Reyes
Rt	Rut
2 Sam	Segundo libro de Samuel

### NUEVO TESTAMENTO

1 Cor	Primera carta a los corintios
Gál	Carta a los gálatas
Hch	Hechos de los apóstoles
Jn	Evangelio de Juan
Lc	Evangelio de Lucas
Mc	Evangelio de Marcos
Mt	Evangelio de Mateo
Rom	Carta a los romanos
1 Tes	Primera carta a los tesalonicenses
1 Tim	Primera carta a Timoteo

CONSTITUCIONES DOGMÁTICAS

LG *Lumen gentium*

## Preámbulo

Aún no ha amanecido del todo y varias decenas de personas ateridas aguardan, hablando quedamente, y restregándose de cuando en cuando las manos. Muchos sonrían y susurran entre ellos. Un par de niños duermen, algunos fuman un poco apartados. Cuando el disco solar acaba de asomarse por detrás del perfil hirsuto de una colina los presentes son ya varios centenares, a saber cuántos, lo único que se alcanza a ver es que la multitud es numerosa y que ocupa casi por completo la explanada. Los vestidos son modestos, variaciones de lo que hoy se denomina ropa deportiva, de viaje, turística; nadie parece prestar demasiada atención a lo que lleva puesto. La sensación general es de sobriedad, voluntaria o inconsciente. Hay muchos italianos. La mayor parte de ellos han desembarcado en la vecina Split de unos barcos de crucero que zarparon de Ascona y Pescara, otros de Venecia. En algunos casos se trata de visitantes fugaces, que regresarán esa misma tarde. Otros, en cambio, se quedarán un poco más. Los franciscanos de san Antonio de Padua son muy activos en la organización de peregrinajes breves y baratos de tres días y dos noches. En el barco los devotos han sido entretenidos por viejos personajes del espectáculo que narran sus experiencias de conversión.

La tensión aumenta entre la multitud. Aunque quizá no sea adecuado hablar de tensión, sino más bien de una espera confiada en un acontecimiento que todos dan por cierto.

El pueblo de Medjugorje, cuyo nombre significa «entre los montes», está rodeado en realidad de unas colinas a las que resulta excesivo llamar montañas. Hasta 1933 la más al-

ta de ellas se llamaba Sipovac[1]. Después pasó a denominarse Križevac, «monte de la cruz». En ese año se celebraba el decimonoveno centenario de la Redención, siempre y cuando se dé por cierta la leyenda de que Jesucristo murió a los 33 años partiendo del año cero. El papa Pío XI convocó un Año Santo extraordinario y en la cima del Sipovac se erigió una cruz de cemento armado de una altura de casi diez metros, de manera que se consideró adecuado dar a la cima el nombre del pío monumento.

Pese a la presencia de la gigantesca cruz, hasta 1981 pocos conocían Medjugorje. Por aquel entonces en el pueblo residían unas cuatrocientas familias divididas en cuatro suburbios que se extendían a lo largo del camino que, desde la costa dálmata, asciende hacia Mostar, capital de Herzegovina. El 24 de junio de 1981 seis muchachos afirmaron que habían visto aparecerse a la Virgen, hecho que supuso la entrada del pueblo en la Historia del mundo.

Estamos en la parte occidental de Herzegovina, casi en la frontera con la fina franja costera que, sin embargo, es territorio croata. De hecho, durante las últimas guerras yugoslavas, el pueblo de Medjugorje fue anexionado por un breve periodo a Croacia, predominantemente católica, confesión a la que, por otra parte, pertenece la casi totalidad de la población. El laberinto de fronteras entre los diferentes Estados, y sus absurdas tortuosidades hablan por sí solos de las dificultades étnicas, religiosas y políticas que existen en los Balcanes, que, desde siempre, ha sido una de las zonas más agitadas del mundo, azotada por numerosas guerras de despiadada ferocidad. Como, por otra parte, son siempre las guerras entre vecinos. No muy lejos de aquí, en Sarajevo, el 28 de junio de 1914 estalló la chispa que desencadenó la Gran Guerra.

A partir de otro mes de junio, el de 1981, año al que acabamos de hacer referencia, las apariciones de la Virgen empezaron a repetirse con suma frecuencia, en cualquier caso con asombrosa regularidad el 2 de cada mes.

Normalmente tienen lugar en la colina más baja, llamada Podbrdo, una altura escarpada de escasa y espinosa vege-

tación y cubierta de piedras. Muchos devotos suben la ladera descalzos, solos o en grupos, orando y rezando el rosario. A lo largo del abrupto camino tres placas de cobre recuerdan los misterios de la extraña, repetitiva y devota invocación: los dolorosos, los gozosos y los gloriosos.

El pueblo perdido se ha convertido en una pequeña ciudad, la «colina de las visiones» está ahora equipada para acoger a más de un millón de visitantes al año. Desde que el mundo es mundo sucede siempre lo mismo en cualquier lugar vinculado de una manera u otra a los fenómenos considerados sobrenaturales. Edificios sagrados y civiles, hoteles de modesta y apresurada arquitectura han cubierto el fondo del valle y las laderas de las colinas. Detrás de la iglesia se ha erigido una plataforma donde se celebra la misa. Delante hay una explanada enorme, capaz de acoger a miles de personas. Se dice que una de las estatuas que hay al lado del crucifijo llora a menudo, de hecho, no es raro ver a los devotos tratando de ver las lágrimas para recogerlas.

La gente se concentra, en la explanada reina el silencio, solo se oye la voz, el llanto de un niño. Muchos juntan las manos y clavan los ojos en un punto indefinido del cielo. Se escucha el leve chasquido de las numerosas máquinas fotográficas que tratan de fijar el instante irreplicable de la visión, quizá también el perfil de una nube que, de una forma u otra, evoque la divina presencia de la Virgen. Más de un rostro está surcado de lágrimas, algunos se susurran a sí mismos palabras de esperanza y consuelo. Muchos han acudido movidos por la curiosidad, uno tiene casi la impresión de reconocerlos; pero otros han venido para invocar una gracia, recuperar la confianza perdida, aliviar una pena.

Después de un tiempo que resulta difícil de calcular, un joven agarra un micrófono torpemente amplificado y asegura que la Virgen se ha aparecido y ha comunicado su mensaje. La misa vespertina se ha oficiado en croata, pero el joven ahora habla en inglés. No todos lo entienden, la gente se ayuda, pese a que el joven —siempre en inglés— anuncia que más tarde podrán encontrar en la oficina de in-

formación el texto oficial del mensaje de María en varios idiomas.

Se trata de unos mensajes elementales, más bien dictados por el sentido común que por la inspiración divina: «Queridos hijos», ha dicho la Virgen, «si os reconocéis en el Espíritu Santo y en la voluntad de mi Hijo podréis convertirnos en una nueva nación de personas conscientes de que perder a Dios significa perderse a sí mismo. Os invito a reunirnos en la familia de Dios, donde encontraréis una nueva fuerza. Si os aisláis, os resultará más difícil resistir a las tentaciones del mal y no podréis hacer mucho. En cambio, unidos y con la ayuda de mi Hijo, podréis ayudaros a vosotros mismos y curar al mundo».

El joven da las gracias y concluye con la bendición de Nuestra Señora.

El 2 de abril de 2005 Ivan Dragicevic[2], uno de los seis jóvenes de Medjugorje que desde 1981 ve a diario a la Virgen, tuvo una aparición especial. Era sábado por la noche, el papa Wojtyła había expirado a las 21.37, hora de Roma. Cuatro horas más tarde Ivan tuvo la habitual visión. La Virgen se le apareció en Boston, ciudad donde reside, y donde debido a la diferencia horaria eran tan solo las 18.40. Ivan estaba rezando cuando vio a la «hermosísima mujer». No obstante, a diferencia de lo que solía suceder, en esa ocasión no estaba sola. A su izquierda se encontraba el Papa que acababa de morir. La escena ha sido narrada con todo detalle: «El Papa sonreía, su aspecto era joven y parecía sumamente feliz. Iba vestido de blanco, con una capa dorada. La Virgen se volvió hacia él y los dos, al mirarse, esbozaron una sonrisa extraordinaria, maravillosa. El Papa no dejaba de mirar extasiado a la Joven Mujer y ella, dirigiéndose a Ivan, dijo: "Mi hijo querido está conmigo". Eso fue todo, pero su rostro resplandecía como el del Papa, que la miraba arrobado a la cara».

Se puede creer o no que la santísima Madre de Dios baje del cielo para decir semejantes banalidades o para representar unas escenas de fotonovela. La cuestión no es esta, cada uno puede creer lo que le parezca, siempre y cuando

su fe no perjudique a los demás. En este caso cabe incluso pensar que la fe nos ayuda en cierta medida, que los que participan en estos encuentros salen mejorados de la experiencia, más serenos y fuertes. Ante un fenómeno de este calibre uno no puede contentarse con hacer comentarios irónicos porque, entre otras cosas, es una reacción demasiado fácil.

El 6 de abril del lejano 1450, lunes de Pascua, un torpe jugador de mallo lanza la pelota en dirección a la imagen sagrada de la Virgen, por error de puntería o porque está irritado. La pelota golpea un pómulo de la imagen. De la «herida» empieza a manar sangre, la multitud grita horrorizada pero reconociendo también el milagro, el desgraciado acaba en la horca. Quizá. Según otras fuentes se salvó *in extremis* del suplicio.

Pasa poco más de un siglo, estamos en 1589. Una tal Aurelia Del Prete, mujer famosa en el barrio en que vive por su fealdad, se hiere en un pie mientras corta leña. Asustada, promete a la Virgen que le llevará una pareja de pies de cera como exvoto si se cura. Una serie de vicisitudes le impiden entregar el exvoto al punto que, encolerizada por los contratiempos, lo tira al suelo y lo pisotea maldiciendo a la imagen de la Virgen, al maestro que la pintó y a los que van a venerarla. Al cabo de un año la desafortunada mujer contrae una enfermedad incurable; a causa de ella sus pies se separan literalmente de las piernas. Las desafortunadas extremidades son llevadas al santuario y se exhiben en él en señal de advertencia.

Una inscripción recuerda en estos términos la inauguración de la capilla: «En el año del Señor, 1593, el 1 de mayo, siendo papa Clemente VIII, rey de España Felipe II, y obispo de Nola Fabrizio Gallo, se colocó esta primera piedra».

En el revés se cita también la desgracia de la pobre Aurelia: «A la beata Virgen dell'Arco por la blasfemia Aurelia, que fue castigada en los pies en el año 1590, el día 20 de abril».

Los milagros más famosos de la imagen que se venera en el municipio de Sant'Anastasia, a escasos kilómetros de Nápoles, en el camino que une desde tiempos inmemoriales la capital a los pueblos vecinos, en el lado del monte Somma, son dos. En la actualidad, la localidad se encuentra en la denominada «zona roja» del Vesubio, considerada de máximo riesgo en caso de erupción, dada la escasez de vías de escape que existen en un territorio ocupado por los edificios que han proliferado de forma caótica.

Arcangelo Domenici, en su *Compendio dell'istoria, miracoli e gratie* (1608), describe de esta manera la sagrada efigie: «Esta devotísima imagen de la Madre de Dios está pintada en la pared, con la mano izquierda abraza tiernamente a su Sagrado Hijo, quien tiene en la mano derecha una manzana: cuya dulcísima Madre parece tener la edad de una dulcísima joven de unos 18 años, y se muestra a ojos de todos devota, graciosa y bella, propendiendo más al claro y al blanco que al negro y oscuro... Da la impresión de estar sentada en una silla, según algunos, según otros pintores está sentada en una nube maravillosa».

En realidad, la imagen es de hechura bastante modesta, pero ello no disminuye, desde luego, el fervor de los que la veneran, entre otras cosas porque a la Virgen se atribuyen numerosos prodigios y gracias, como atestiguan los millares de exvotos que se conservan en un edificio adyacente al santuario: barcos salvados del naufragio, reproducciones de órganos humanos, reliquias de guerra, armas de fuego, navajas a las que la gracia divina ha impedido cometer cualquier tipo de fechorías.

Desde hace varios siglos, todos los lunes de Pascua se celebra la imagen de la Virgen dell'Arco con unas impresionantes manifestaciones populares. Una procesión interminable avanza lentamente flanqueada por una multitud variopinta: la humilde modernidad de plástico de los puestos de recuerdos, los quioscos de comida, la auténtica devoción y la superstición más descarada, una cultura antigua que se puede definir «pagana» revela el vacío civil que la

presencia de numerosos carabineros y otras fuerzas del orden no logra colmar.

Numerosos peregrinos y devotos recorren los trece kilómetros que la separan de Nápoles, algunos descalzos, unas veces a buen paso, otras incluso corriendo, otros llegan con el pequeño tren local o, como no podía ser menos, en coche. Algunas mujeres recorren el último tramo de rodillas, que las ásperas piedras van abrasando poco a poco. Otras empujan los carritos en que transportan a sus hijos, todos los hombres van vestidos de blanco, con una banda azul claro en bandolera que va desde el hombro izquierdo hasta el costado derecho, donde se cruza con el fajín rojo que les rodea la cintura. En la bufanda aparece estampada la imagen de la Virgen. Algunas imágenes son más sofisticadas y resplandecientes que otras, los que las lucen suelen ocupar un cargo en la corporación a la que pertenecen, denominada también *paranza*.

Las diferentes estatuas de la Virgen se montan en pasos de madera adornados con flores y estucos, ángeles y guirnaldas de todo tipo; son transportadas a hombros por seis u ocho jóvenes, concentrados en la tarea honorífica que se les ha asignado, aplastados por el peso. Avanzan balanceándose, su lento caminar está marcado por el sonido de una banda en la que predominan los tonos ásperos del latón y el incesante redoblar de los tambores. Los diferentes grupos se distinguen por los estandartes o confalones, amplios, variopintos, tendidos al viento como velas, difíciles de manejar, sumamente pesados, al punto que sus portadores llevan unas bandas de cuero que terminan en un estuche a la altura del bajo vientre, donde se introduce la base del palo. Del confalón parten unas cintas de colores adornadas con lazos, una muchacha sujeta cada una de ellas.

Los jóvenes devotos se llaman *vattienti*, batidores. De hecho, se caracterizan por las rítmicas pisadas que ejecutan sin cesar, incluso cuando el paso no se mueve. Los llaman también *fujenti*, fugitivos, porque son los que corren al encuentro de la esperanza. En las dos multitudes, la que asis-

te al espectáculo y la otra, interminable, que avanza, hay de todo: los simples devotos y los *femminielli* de los callejones que acuden para pedir una gracia especial, los miembros de la Camorra que se sienten píos, pese a que trafican con droga y matan, los curiosos, los turistas venidos de lejos para captar con su máquina fotográfica al pintoresco italiano, un residuo medieval o de tiempos quizá más antiguos, que ha sobrevivido por ser una curiosidad divertida.

En más de una ocasión, antes de llegar al santuario administrado por los padres dominicanos, los diferentes grupos se paran para ejecutar una suerte de representación en la que se baila y se da la bendición. Los niños y los jóvenes se apiñan alrededor de su estandarte, después retroceden mientras el abanderado gira sobre sí mismo para que la gente pueda ver y tocar, muchos repiten o imitan los movimientos. En la última fase el ritmo cambia de nuevo, el grupo que sostiene el paso con la estatua de la Virgen avanza y retrocede lentamente, balanceándose, como si estuviese ejecutando una danza ritual que la banda de música subraya reforzando la intensidad y la aspereza de los sonidos.

Además de los que asisten a la procesión para disfrutar del aspecto ruidoso, coreográfico y pagano de la misma, están los que acuden con la única intención de dar las gracias a la Virgen dell'Arco o implorarle que realice un prodigio. Incluso menos, para invocar simplemente una esperanza, para pedirle llorosos que los libere de un pesar antes de caer en la desesperación, que todo lo apaga.

En Sant'Anastasia, al igual que en Medjugorje, se esconde el enigma. No son las apariciones, verdaderas o imaginarias, de la Virgen, no es la bulliciosa confianza en una imagen antigua y tosca. El enigma consiste en que todos los años una cantidad ingente de personas siente la necesidad de recurrir a este tipo de ayuda. Dicho con brutalidad: en que estas personas se contenten con tan poca cosa, en que baste tan poco para restituirles una pizca de serenidad. Ante los fenómenos de este calibre —que, en el caso de Sant'Anastasia, se repiten desde hace varios siglos— no cabe pensar que el hecho no concierna a todos; tampoco es

lícito responder que este tipo de fenómenos han existido siempre, que los adivinos, las sibilas, los oráculos y los brujos han consolado siempre a los que sentían que debían recurrir a sus fórmulas, a las misteriosas palabras que salían de una cueva. Es evidente que se trata de algo más, y no solo por el número de «devotos» o porque el fenómeno se perpetúa desde hace tanto tiempo. El pueblo perdido en los Balcanes o el arrabal napolitano hacen actual la dimensión humana de María, la madre de Jesús, el deseo de su presencia, de su comprensión, la necesidad física de su proximidad, de poder acceder a ella; ascendida, sí, a los cielos, pero próxima a la vez, sumamente lejana y tremendamente cercana, socorredora sea cual sea la necesidad, tan llena de gracia que puede hacer partícipe de ella a todos los que se la piden con confianza.

En la larga historia de las religiones que se han sucedido en nuestro planeta nunca se habían producido manifestaciones de este tipo. Se trata de un fenómeno que, por lo general, nos limitamos a describir de acuerdo con los principios de la fe o, incluso, de la veneración; nobles instrumentos que, sin embargo, no ayudan mucho a comprender lo que sucede.

¿Qué se puede descubrir, en cambio, cuando se intenta analizar estos fenómenos y la larga historia de María con los instrumentos que brinda la investigación histórica y la cultura contemporánea?

Las siguientes páginas intentan dar una respuesta a esta pregunta.